

Nó! no nos facilitaron los Estados Unidos, para ayudarnos á vencer á la Infidencia y á la Invasión, ni un solo peso ni una sola arma, ni un solo combatiente. ¡Así lo dijimos desde un principio y así lo hemos comprobado plenamente después!

El Sr. Hines ha logrado en volver en las redes de su em-
brota arrojando al Sr. Dn. Francisco García; pues sólo así se
explica que escriba tan erudito y que disponga de tan rica
y variada información, para caído en el error que diluyen
los siguientes palabras suyas: "Oyendo al Sr. Juárez
toroso es convenir que tuvo razón para no suspender sus
gestiones patrióticas por las palabras poco sinceras que
Mr. Seward dijo en 1866 al Sr. Romero, palabras que muy
pronto vinieron á desmentir los hechos, pues á pesar de que
los Estados Unidos proporcionaron al Sr. Juárez dinero, ar-
mas, municiones y vestuario, el pago no tuvo que hacer-
se ni con Estados ni tampoco con otros de tierra interior."

Hemos tratado con tanto detenimiento la cuestión de las
armas, municiones y vestuario, consignados en el mercado
de los Estados Unidos, pero no proporcionalados por su Go-
bierno, que sería del todo redundante añadir una sola pala-
bra más. En cuanto al dinero, la insignificante suma de
cinco mil cuatrocientos pesos, producto único de los donos
vendidos y no recibidos por artículos de guerra, los tam-
bién entregada por particulares, por la escasez de
que dichas donos fueren garantizadas por los Estados Uni-

1 Juárez--Relación de Dn. Francisco Romero, pag. 149.

del Sr. Hines, recibidos en 1866, Ocho de 11 de Noviembre
truximo pasado. Sentimos mucho que la colección de es-
tas líneas nos sirva para reproducir los pasajes de esta parte
que hacen relación á nuestros negocios, y en este caso tam-
bién nos vemos obligados á hacer extractos literales. El ex-
neral Sheridan escribió á la época oportuna para re-
petir lo que antes veces ha dicho y lo que todo el mundo sa-
be para esto es que la lista con franceses en México era
una parte insignificante de la colección del Sr. y que así se

X

Conclusión.

Al poner de relieve el frío é inhumano egoísmo de la po-
lítica de Seward, que el Sr. Mariscal tratara de convertir
en generosa protección norte-americana, no hemos aporta-
do á la ciencia histórica el descubrimiento de verdades, ocul-
tas y desconocidas, sino restablecido, sencillamente, en toda
su pureza esas mismas verdades que un antipatriótico yan-
kismo pretendía velar para ocultarlas y desfigurar para
desconocerlas.

En los mismos Estados Unidos, á raíz de los mismos su-
cesos y ante el mismo Sr. Mariscal, fué conocido, y no sólo
conocido, sino censurado también el indebido egoísmo que
hoy arranca laudatorias y agradecimientos al actual Secre-
tario de Relaciones.

Hase visto ya el notable testimonio de Mr. Barney que
cierra la segunda parte de este estudio. Véanse ahora otros
notabilísimos testimonios del conocimiento y de la censura
á que acabamos de referirnos.

En la «Circular de la Legación n.º 11»—destinada á dar á
conocer en nuestro país, en Sud-América y en una parte
de Europa la esencia del Mensaje Presidencial de 3 de Di-
ciembre de 1866—decía Dn. Matías Romero, con referen-
cia á los partes parciales contenidos en el del Gral. Grant,
lo siguiente: «El más notable de esos partes es el del gene-

ral Sheridan, fechado en Nueva Orleans el 14 de Noviembre próximo pasado. Sentimos mucho que la estrechez de estas líneas nos impida reproducir los pasajes de este parte que hacen relación á nuestros negocios, y en este caso también nos vemos obligados á hacer extractos ligeros. El general Sheridan aprovecha esta buena oportunidad para repetir lo que otras veces ha dicho y lo que todo el mundo sabe aquí, esto es, que la intervención francesa en México era una parte integrante de la rebelión del Sur, y que *está seguro de que si los Estados Unidos hubieran exigido de Napoleón el retiro de sus fuerzas, fundándose en ese motivo, la Francia habría accedido á tan justa demanda*, Y ASÍ SE NOS HABRÍAN AHORRADO Á NOSOTROS DOS LARGOS AÑOS DE SANGRE Y DESOLACIÓN; habla en los términos más duros de los franceses y de su agente Maximiliano; hace mención de las simpatías que los insurrectos del Sur tenían por éste, del proyecto de los franceses de formar un partido anglo-americano que sostuviera á su agente en México, y de las medidas que él tomó para impedirlo, prohibiendo la emigración de Nueva Orleans para Veracruz; habla, por último, DEL APOYO MORAL QUE NOS HA DADO CON SUS SIMPATÍAS, y refiere que *en los dos últimos años de lucha HEMOS REDUCIDO Á LOS INVASORES Á OBRAR Á LA DEFENSIVA SOLAMENTE.*¹

Las nobles palabras del General Sheridan alcanzan altísima significación por el puesto especial que tenía en el Ejército de los Estados Unidos. El General Sheridan era el comandante en Jefe de las tropas enviadas á los Estados del Sur para consolidar en ellos el triunfo de la Unión. Es decir, el General Sheridan era el Comandante en Jefe de esas tropas, que Seward, dirigiéndose á Napoleón III, llamaba aparatosamente *Ejército de Observación*; de esos *cientos mil hombres puestos sobre el Bravo*—según el Sr. Mariscal—y presentados por el Dr. Frías y Soto como la constante

1 «Correspondencia de la Legación, etc.»—Tomo VIII, pág. 769.

pesadilla del César francés, que, aterrorizándole, hiciérale acatar sumisamente las órdenes del Gabinete de la Casa Blanca; de esas fuerzas militares que—según el Sr. Bulnes—obligaron al Mariscal Bazaine á concentrar su ejército y á mantenerle en inofensiva actitud expectante. Y, sin embargo, el General Sheridan, en vez de jactarse de haber apresurado con su Ejército de Observación la retirada de los franceses; de haber, con sus cien mil hombres, amedrentado y aterrorizado á Napoleón III; y de haber obligado, con su simple presencia, al Ejército expedicionario francés á guardar una actitud expectante é inofensiva; en vez de alardear con la indicada jactancia, se limitó lealmente á mencionar que nos había prestado *el apoyo moral de sus simpatías*, y á reprochar que no se hubiera ahorrado á nuestra Patria, como bien pudieron hacerlo los Estados Unidos, *esos dos largos años de sangre y desolación.*

Dábase en Nueva York, la noche del 2 de Octubre de 1867, un gran banquete en honor de Dn. Matías Romero, quien iba por aquellos días á regresar á nuestro país. Naturalmente, asistía á dicho banquete el Secretario de nuestra Legación, hoy Secretario de Relaciones, y oyó, sin duda alguna, las palabras que en sus respectivos brindis dijera el General Butterfield y el H. Jas R. Whiting marcando el abandono en que egoístamente dejaron á Méjico los Estados Unidos del Norte.

«He estado escuchando atentamente—dijo el General Butterfield—la expresión de los sentimientos de los que han hablado esta noche y no hubiera pensado en responder al llamamiento que me dirige el Sr. presidente, si las observaciones que he oído no me hubiesen sugerido la idea de que todo lo que se deduce filosóficamente de cuanto ha pasado en esta reunión, *es que México, SIN NUESTRO AUXILIO Y SOLO CON NUESTRAS SIMPATÍAS, ha conquistado su libertad y su independencia.*» Y, á su turno, expresóse así Mr. Whiting: «Si alguna vez ha hervido en mis venas la sangre

del ciudadano americano, fué cuando el administrador del puerto de Quebec me escribió una carta en inglés, en la que había borrado el aviso que me daba de ser libre ya el Canadá en los días en que estábamos luchando en nuestro país por la libertad civil y personal. Ese fué, señores, el mensaje que me remitió al verme en la necesidad de pedirle un auxilio para México que *se me había negado en mi propio país*; motivos hay, pues, de sobra para que nuestros ciudadanos *bajen avergonzados la cabeza al reflexionar* SOBRE LA CONDUCTA QUE HA SEGUIDO NUESTRO GOBIERNO CON EL DE MÉXICO en los momentos de sus mayores peligros. Con haber dirigido nuestro Secretario de Estado cuatro palabras en aquella época á la atrevida Francia, para advertirle que los Estados Unidos desaprobaban la intervención de Napoleón en los asuntos de México, *vuestro pueblo, señor, habría economizado MILLARES DE VIDAS Y MILLONES DE PESOS*, y esto habría sido también para nosotros de incalculable beneficio en la guerra que manteníamos á la sazón; pues se habría mostrado al mundo que teníamos fe en Dios, confianza en la justicia de nuestra causa, y fuerza y valor para sostenerla.¹

Si el Sr. Mariscal hubiera considerado erróneas las apreciaciones de Whiting y de Butterfield é injustas sus censuras, debió, allí mismo, desvanecer las primeras, dejar sin fundamento á las segundas. ¡Que á ello lo habrían obligado la Verdad, la Justicia y la Gratitude! Allí, entonces, ante los testigos presenciales de los acontecimientos, y no en el *Auditorium* de Chicago, treinta y dos años después, y ante una nueva generación, era donde el Sr. Mariscal, á sentirlo así en conciencia, debería haber proclamado á voz en cuello que Méjico debía su segunda Independencia á los Estados Unidos de Norte-América! Su mutismo en aquel banquete será, por siempre, la más severa condenación de su ultra-complaciente laudatoria del *Auditorium!*

1 «Correspondencia de la Legación, etc.»—Tomo X, págs. 388 y 390.

Al reprochar el egoísmo norte-americano durante la intervención francesa no nos constituímos, de ninguna manera, en los heraldos de una política romántica y sentimental. Reconocemos que los intereses, el decoro y el honor de cada pueblo deben normar su propia política, y que no debe provocarse una guerra sino por causas y motivos verdaderamente nacionales. Pero, en el caso que examinamos, era nuestra causa, como lo reconoció el mismo Seward, la causa de toda la América, y hallábanse comprometidos, con la intervención armada europea en nuestros asuntos interiores, el decoro y los intereses de los Estados Unidos. Hemos disculpado el egoísmo de la política de Seward, cuando la terrible conflagración interior imponía el aplazamiento de los conflictos exteriores, aun á expensas del propio decoro; pero después de la toma de Richmond, después del triunfo completo sobre los rebeldes surianos, es del todo indisculpable el frío é inhumano egoísmo de la política norte-americana. Desde ese momento, Seward debió romper una neutralidad que sólo el peligro interior podía haber obligado á mantener, y, afrontando la remota probabilidad de una guerra con Francia, exigir perentoriamente la repatriación del Ejército expedicionario francés ó, siquiera, para que luchásemos con menor desventaja contra el enemigo común, habernos facilitado armas y municiones. ¡Que habría sido bien poco, cuando Méjico daba la vida, la tranquilidad y la fortuna de sus mejores hijos!

Acaso, el temor de que una guerra con Francia, aumentando la popularidad y las pretensiones de los grandes caudillos, preparase el advenimiento del nefando militarismo, con su obligado séquito de despotismo y desmoralización, haya impulsado á Seward en esa política de contemporizaciones hácia el César francés, de inhumano egoísmo hácia Méjico, y de extraños olvidos hácia el decoro nacional. Da-

do el tradicional empeño de los grandes estadistas norteamericanos para impedir que, al amparo de glorias alcanzadas sobre los campos de batalla, se levante el corruptor y tiránico militarismo sobre las libertades reales de su pueblo; dado ese empeño, tradicional en los estadistas norteamericanos, nosotros, y creemos que con nosotros la Historia, tendremos en cuenta esa grande circunstancia atenuante del frío é inhumano egoísmo de la política de Seward.

Los fenómenos sociales, de suyo tan complejos, no obedecen jamás á una sola causa, sino que son el resultado de varias causas que se ligan ó se contraponen. Pero, entre esas causas hay siempre una, esencial, que por lo mismo no puede ser eliminada, y varias, contingentes, cuya eliminación altera tan sólo las modalidades del resultado, pero no lo imposibilita en manera alguna. Nosotros hemos considerado, desde un principio, al auxilio moral de los Estados Unidos como una simple concausa coadyuvante de nuestro triunfo nacional sobre la invasión extranjera; pero considerar el mencionado auxilio—según lo hace el Doctor Frías y Soto—como la causa primera y principal de nuestro triunfo es, más que un grande error, un grandisparate. La causa primera de nuestro triunfo, la primera en tiempo, fué la resistencia nacional, único obstáculo encontrado por Napoleón III en su pirática empresa. La causa principal de nuestro triunfo, la primera en importancia, fué también esa misma resistencia nacional; porque ella es la única que no puede suprimirse la única que tiene carácter esencial.

Eliminad el auxilio moral de los Estados Unidos, ó las complicaciones europeas, ó la impopularidad en Francia de la Intervención, ó el estéril derroche de los caudales públicos franceses, causas todas ellas de pura contingencia, y

no, por ello, desaparecerá nuestro triunfo: resultante de todas las demás, unidas á nuestra resistencia al invasor. Pero suprimid la resistencia nacional mejicana, é indefectiblemente desaparecerá nuestro triunfo; porque ella es, entre todas, la única causa esencial.

Sin nuestra resistencia, Napoleón, victorioso, habría retirado sus tropas desde 1864, dejando consumado el atentado á nuestra Independencia y establecido un Imperio, de vida efímera; pero acatado, reconocido ó cuando menos tolerado por la Nación. Y, entonces, ni el incesante y estéril derroche de los caudales públicos franceses, ni la impopularidad en Francia de la Intervención, ni las complicaciones europeas, ni las notas de Seward habrían coadyuvado á nuestro triunfo, que todas esas concausas, tendentes á la repatriación del Ejército invasor de nuestro suelo, ó no habrían tenido razón de ser ó habrían permanecido extrañas á la cuestión mejicana; puesto que, anticipadamente, ya habría estado de vuelta en Francia el Ejército expedicionario.

En la resistencia nacional, tienen un puesto de honor todos los patriotas mejicanos que á ella contribuyeron. Atribuir toda la gloria al Presidente Juárez sería, sencillamente, proclamar un absurdo; pero negarle el primer puesto es cometer una grande injusticia. El Sr. Bulnes lo ha pretendido así, confiriendo el primer puesto á los combatientes y el segundo al personal de nuestra Legación en Washington. Dar la supremacía á los combatientes sobre el Gobierno nacional es tanto, como dar preferencia á los brazos sobre la cabeza. El Sr. Bulnes es ingeniero y nunca se le ocurrirá decir que en la construcción de un gran edificio, corresponda el primer puesto á los albañiles y no al arquitecto. Dar supremacía sobre el Presidente á su represen-

tante en Washington, que obraba conforme á las instrucciones del Gobierno y que, cuantas veces se apartó de ellas, indebidamente, fué para cometer una torpeza, es tan sólo— como ya lo probamos en nuestras «Cartas á «El Tiempo»— proclamar una risible sandez.

Para dar una apariencia de fundamento á la pretensión de colocar sobre el Presidente á los jefes militares ha recurrido el Sr. Bulnes á un sofisma y á varias falsedades.

«El puesto de nuestros caudillos guerreros—dice el Sr. Bulnes—era de peligro inminente, de sacrificio tenaz, desesperado, inconmensurable; de insomnio obligatorio, de angustia infinita, de indigencia de pordioseros, de tormentos inauditos, de terrores especiales; de pánicos tremendos, de desalientos abrumadores, de espectáculos siniestros, de derrumbe incesante que enterraba todo bajo su polvo de descomposición y de muerte. El puesto de Juárez no fué el de esos héroes desgredados, de camisa sucia, sin equipajes, sin alimentos sanos y seguros, sin colchones donde reposar, sin garantías para su sueño, sin alivio para su fatiga, sin auxilio para sus enfermedades; acosados por las fiebres malignas, por la escasez de municiones, de pan, de vestuario, de armas; mandando á hombres con aspecto de salvajes, descarnados, desmoralizados, asustadizos, próximos á huir ó á enloquecerse, decididos á arrojarse sobre la tierra y á pedir á los jefes que los maten porque sus almas de bronce las ha fundido al fin la miseria, el terror y la muerte de sus esperanzas.»¹

El sofisma de confusión cometido por el Sr. Bulnes es doble á más de patente y consiste tanto en equiparar la condición de Juárez y de los combatientes, como en atribuir á los caudillos militares el haberse hallado en circunstancias en que solo se encontraron los soldados.

Falso, completamente falso que los Caudillos, es decir,

¹ «El Verdadero Juárez,» pág. 825.

los Generales en Jefe, hayan sufrido una indigencia de pordioseros. Todos ellos cobraban los impuestos de sus respectivas zonas de acción, impuestos de los que habíase privado el Supremo Gobierno en favor de la defensa nacional, representada en cada zona por los mencionados caudillos. Por eso la indigencia del Presidente y sus Ministros, si no llegó á la de un pordiosero, sí fué mayor que la de los caudillos mencionados.

Falso, completamente falso, que esos caudillos hayan sufrido *terrores especiales, pánicos tremendos, desalientos abrumadores*. Al General Régules fué á quien tocó hacer la campaña en peores condiciones, y su gran gloria, á más de su heroico sacrificio de Tacámbaro, consistirá siempre en no haber sufrido, ni tras las más crueles derrotas, esos terrores especiales, esos pánicos tremendos, esos desalientos abrumadores, que le habrían hecho soltar la espada de la mano y abandonar apresuradamente el ensangrentado campo de la lucha!

No contento el Sr. Bulnes con haber extendido á los caudillos penalidades exclusivas de los soldados, rebaja á éstos, pintándolos, sin distinción ninguna, como *desmoralizados y asustadizos y próximos á huir ó á enloquecerse*. Así ha incurrido S. S. en otra falsedad, pues si hubo un período de pánico y desmoralización en nuestras tropas—como lo ha habido en los mejores ejércitos—es inconcuso que nuestros generales no habrían alcanzado jamás, con hombres desmoralizados, asustadizos y siempre próximos á huir, no ya el triunfo definitivo, pero ni siquiera una sola victoria.

Tratando de establecer un parangón desfavorable á Don Benito Juárez, ha descrito el Sr. Bulnes con empeñosa grandilocuencia—como acaba de verse—el cuadro terriblemente hermoso de los peligros y penalidades que arrostraron y sufrieron los patriotas soldados mejicanos. ¡Elocuencia desperdiciada! ¡Empeño estéril! Nosotros concedere-

mos que fueron aún más grandes y más continuos esos peligros y esas penalidades, concederemos también que abracen por igual á generales y soldados; y ni así, la gloria de los combatientes hará desmerecer en un solo ápice la gloria de Juárez; porque hay una circunstancia, aparentemente olvidada por S. S., que hace imposible el pretendido parangón y las afirmaciones que de él pretende deducir el Sr. Bulnes. Esa circunstancia es la de que no corresponde al Jefe del Estado arrostrar los peligros y sufrir las penalidades que son en los combatientes, por decirlo así, *percances del oficio*.

Pretender que se considere como un mérito *especial*, en un soldado, el haber sufrido los rigores de la intemperie y el haberse expuesto á las balas del enemigo, equivale á glorificar á un albañil por haberse expuesto á una insolación y á una caída mortal, ó á glorificar á los enfermeros de un hospital por haberse expuesto al contagio del tifo ó de la viruela. Pues así procede el Sr. Bulnes cuando, para establecer el contraste entre los méritos del Presidente y de los combatientes, dice: «que aunque Juárez fuera capaz de grandes sacrificios, las circunstancias no lo pusieron en condiciones de hacer esos prodigios de *abnegación material*, prodigios que S. S. ha mencionado de la siguiente manera: «errar de montaña en montaña,» «disputar su presa á las fieras de los bosques» «dormir al aire libre en el lecho de crespones del paludismo,» «morir envenenado por un pantano y colgado de los piés por un guerrillero.»

A ser consecuente consigo mismo, el Sr. Bulnes debió conceder á los soldados rasos el primer puesto en la gloria de nuestra resistencia nacional, pues es inconcuso que sus penalidades *materiales* fueron muy superiores á las sufridas, no sólo por el Presidente Juárez, sino por los Generales á cuyas órdenes militaban; pero su S. S., cometiendo un absurdo dentro de otro absurdo, concedió á los caudillos, y no á los soldados, ese primer puesto de gloria y de honor.

Parece mentira que el Sr. Bulnes se haya desatendido por completo de esas penalidades morales inherentes á las grandes responsabilidades humanas, para fijarse tan solo en las penalidades materiales, es decir, en aquellas que, como el hambre y el frío, alcanzan por igual á los animales y á los hombres.

Nó, no correspondían al Presidente Juárez ni á sus Ministros, las penalidades consiguientes á los militares, ni los peligros inherentes á la noble profesión de las armas. Sus penalidades, aunque de otra índole, eran todavía más aterradoras: comprender la tremenda responsabilidad de su misión, y no contar con elementos adecuados y suficientes; mirar desvirtuados sus patrióticos esfuerzos por el descuido ó la torpeza de los unos, por el desaliento ó la cobardía de los otros; sentir, en torno suyo, la intriga solapada, la envidia oculta, la asechanza artera; ver extenderse la onda inmensa de una epidemia de corrupción que esparcía por todos los ámbitos del país, los miasmas generadores del temor, del egoísmo y de la traición; saber que, víctimas del contagio, habían caído en deserción disfrazada ó en defeción abierta, jefes militares y personajes políticos, cuya alta graduación en el Ejército y cuya alta posición en la Administración les imponía mayor entereza ante el peligro y mayor fidelidad ante el infortunio; dar el ejemplo de la abnegación y de la constancia, y ver, día por día, reducirse el número de los constantes y de los abnegados; presentir, más bien dicho, calcular el triunfo indefectible de la causa nacional mejicana; pero, en tan remota lejanía, que debiera preverse, aun antes que la victoria, la extinción de la propia vida!

A esas penalidades de carácter público uníanse las penalidades de carácter privado: la amarga separación de la familia, envuelta, de manera irremisible, en la triste pobreza del presente, y en la angustiosa incertidumbre del porvenir!

X Bajando de estas penalidades á las de índole netamente material hallaremos á Juárez y á sus compañeros, ya careciendo, durante casi toda su peregrinación, de las comodidades á que se hallaban habituados; ya sufriendo, en la travesía del desierto, entre Chihuahua y Paso del Norte, todas las inclemencias de un clima exageradamente molesto y peligroso. Es cierto que estas penalidades, consideradas en lo absoluto, fueron inferiores á las de índole semejante sufridas por los combatientes; pero también es cierto que muchas de esas penalidades materiales son insufribles para hombres de gabinete y muy tolerables para hombres de campo: soldados ó labriegos.

X En cuanto á los peligros, aunque el Sr. Bulnes aparente creer que Juárez no corrió ninguno, es imposible que ignore que tanto el Presidente como sus Ministros estuvieron varias veces en inminente peligro de perder la vida: ya en Monterey, cuando los riferos de Quiroga despidieron con una granizada de balas á la comitiva presidencial; ya en la hacienda de la Zarca, cuando unos soldados amotinados, prontamente vueltos por sus jefes á la obediencia y al deber, acribillaron á balazos las ventanas de la incidental residencia del Presidente; ya en Zacatecas, cuando entre las descargas de los soldados de Miramón pasaron el Presidente y sus Ministros por la boca-calle inmediata al Palacio del Estado. El Sr. Bulnes dice: «Por último el invasor nunca señaló á Juárez como malhechor, *que era el título con que se llevaba al patíbulo* á los verdaderos héroes» pretendiendo con estas palabras que Juárez no habría corrido peligro de muerte si hubiera llegado á caer en manos de sus enemigos. Decirlo es fácil ¡probarlo imposible! ¡que ahí están, desmintiendo tal aserto, los discursos de Rouher—el Ministro sin cartera de Napoleón III—en que calumniosamente se llamaba bandido á D. Benito Juárez, y la carta de Maximiliano á Miramón en que se le ordenaba que hiciera juzgar y condenar al Presidente Juárez, á sus Ministros

Lerdo é Iglesias, á Don Miguel Negrete y á uno de los veintidos inmaculados, á Don Luis García Ramírez!

*
* *

El Sr. Bulnes, concediendo en «El Verdadero Juárez» un mérito mayor al personal de nuestra Legación en Washington, que el que concede al Presidente, ha revelado, probablemente sin malicia, el oculto móvil de las palabras del Sr. Mariscal en el Auditorium de Chicago; pues, es claro, que atribuyendo la salvación de nuestra nacionalidad al auxilio norte-americano debía, de rechazo, atribuírsela también á quienes habían conseguido con sus esfuerzos el mencionado auxilio salvador. Así se explica el afanoso empeño que, envolviendo en sus redes á la misma sagacidad del Sr. Bulnes le ha llevado á *pedir altares* para Seward y á esperar que, si no se llega á tanto, al menos *se le conceda un salmo* por el agradecido pueblo mejicano. ¡Afán inútil! ¡Esperanza vana!

X Sobre el campo de batalla de Solferino ha levantado la gratitud italiana la estatua ecuestre del último Emperador francés; y los historiadores italianos, al referir la grandiosa epopeya de la Unidad itálica, se ven en la dura necesidad de mencionar el nombre de Napoleón III, junto á los nombres gloriosos de Víctor Manuel y de Cavour. Afortunadamente para Méjico, no hay una sola pulgada de territorio patrio que, en nombre de la gratitud nacional, pueda ser condenada á soportar la tremenda pesadumbre de una estatua extranjera; y los historiadores mejicanos, al referir la epopeya grandiosa de nuestra segunda Independencia, nunca se verán en la dura obligación de mencionar el nombre de Seward, junto á los nombres gloriosos de Don Benito Juárez y de sus consejeros de Paso del Norte!